

cubre á los humildes, en expresión del Profeta (1), el primer distintivo del alma devota es la humildad, la santa desconfianza de sí misma, «nacida del profundo conocimiento que »tiene de la gracia divina y de su propia miseria», dice San Agustín. Consagrada en cuerpo y alma al divino servicio, avanza con paso firme por las vías ordinarias que conducen á la perfección de su estado, sin pretender favores especiales, ni dones eminentes, ni las inefables caricias que suele otorgar el divino Esposo á las almas de su predilección, para que no defallezcan en las intrincadas sendas del espíritu. Nada de esto pretende el alma devota; pero cuando Dios se digna visitarla, le recibe con humilde fruición, y lejos de envanecerse por ello, confundida y anonadada exclama: «Señor, »yo no soy digna de hospedaros en mi pobre corazón» (2). *Retiráos de mí, que soy una gran pecadora* (3). Así se expresa, porque no pone su gozo y contentamiento en estos dones—siquiera sean inefables,—sino en el dador de ellos (4), en el cual sólo halla descanso (5); no cifra su gloria en estas visitas—que Dios concede ó niega, según le place,—sino en la paz de su conciencia, á imitación del Apóstol (6), y en su constante anhelo de mostrar amor y fidelidad á su divino Esposo. Y no obstante, estas almas reciben más copiosamente las gracias y dones del cielo; «cuanto más se abaten y »humillan, más las atrae y llama Dios hacia sí», dice San Agustín, *porque gusta de hablar con los humildes y sencillos de corazón* (7). Esta humildad en sus relaciones con Dios, la ejercita también con maravillosa dulzura en el trato con los prójimos, en cuyas almas columbra la imagen del Creador (8). En vano se intentará herirla con reprensiones, des-

(1) Matth., XI, 25; Luc., X, 21.

(2) Matth., VIII, 8; Luc., VII, 6.

(3) Luc., V, 8.

(4) Jacob., I, 17.

(5) Psal. IV, 9.

(6) II. Corinth., I, 12.

(7) Prov., III, 32.

(8) Genes., IX, 6; Psal. IV, 7.

denes, injurias ó reproches, porque envuelta en su humildad, es invulnerable, como lo fueron los santos.

Es sencilla. Hermana de la humildad y muy encarecida por Cristo en su Evangelio, es la sencillez (1) en el trato con nuestros semejantes, y esta la posee también el alma devota en alto grado. En efecto: en estas almas el ser y el parecer son una misma cosa; muéstranse en público tales como son, sin que en ellas se note nada extraordinario; su fisonomía, sus modales, su andar, sus conversaciones ni causan sorpresa ni despiertan curiosidad. Tienen muy presente el consejo de San Francisco de Sales: «Conviene no singularizarse en el »ejercicio de la virtud» (2); y las palabras del Profeta: *Toda la gloria de los hijos de Dios procede del interior* (3). «Estas »almas, dice San Gregorio Nacianceno, no cifran su devoción en andar á compás, con la cabeza inclinada, compungido el rostro y suspirando á menudo, sino en obrar con »intención recta, limpieza de corazón y afable sencillez en el »trato con el prójimo» (4). «El proceder de los amadores »de la virtud, añade Clemente Alejandrino, debe ser siempre digno, noble y elevado» (5). De San Francisco de Sales escribe Santa Juana de Chantal, que «toda la belleza »de su alma era interior y se hallaba en la perfección de las »virtudes que en su corazón había Dios arraigado, y el lustre »principal de su santidad estribaba en la manera no común »de hacer las cosas más comunes y ordinarias». Mas la sencillez de estas almas nada tiene de grosera y vulgar; pues como viven en frecuente comunicación con Dios, su trato es apacible, modesto y amable en sumo grado, y por tanto, no sólo no inspira desvío ó repugnancia, sino que atrae, encanta, embelesa é induce instintivamente á las gentes á practicar

(1) Matth., X, 16; Philipp., II, 15.

(2) Carta 793.

(3) Psal. XLIV, 14.

(4) Orat. XVIII, cap. 23.

(5) Pedag., lib., III, cap. 2.

la virtud, ó por lo menos á bendecirla y admirarla. «Guar-
»daos, dice el Santo Obispo de Ginebra, de aparecer melan-
»cólico y taciturno, no sea que se culpe de ello á la de-
»voción y la desprecien. Sembrad en cuantos os rodean
»consuelos y contento, para que estimen y deseen la devo-
»ción» (1). «Conservad un espíritu de gozo santo que, mo-
»destamente esparcido en vuestras palabras y acciones, con-
»suele á los que os traten y los mueva á glorificar á Dios» (2).

Es caritativa. Por último, el principal distintivo de la devoción y el que los resume todos, es la caridad. ¿No ha de serlo, hermanas mías, si esta virtud constituye como la esencia, como el alma y la vida de la devoción? Abrasada en caridad, el alma devota nada ni á nadie ama sino en Aquél á quien ama sobre todas las cosas; por Él únicamente suspira, á Él tiende con todas sus fuerzas, y para hacerse digna de su amor, de todo se desprende, aun de sí misma, y á menudo exclama con San Francisco de Sales: «Si advirtiera en mi
»corazón la más pequeña fibra que no fuera de Dios, por
»Dios y para Dios, al momento la arrancarí». *Muerta al mundo, vive escondida con Cristo en Dios* (3). De suerte, que puede hacer suyas las palabras del Apóstol: *Vivo yo, mas ya no yo, sino que vive Cristo en mí* (4). Y como posee en su corazón al sumo Bien, y éste es difusivo por naturaleza, tiende á comunicarse, desea hacer á los demás partícipes de los dones que la enriquecen, y se da á las prácticas de caridad y misericordia con desinteresada abnegación. Dondequiera que se halle, la veréis sacrificándose en aras de la paz, del bienestar, de las comodidades ajenas. Como se conoce á sí misma y sabe que el corazón humano encierra muchas miserias (5), en vez de agrandarlas y cebarse en las debilidades

(1) Carta 53.

(2) Carta 867.

(3) Coloss., III, 3.

(4) Galat., II, 20.

(5) Matth., XV, 19.

y defectos de sus semejantes, los sufre con paciencia y aun los cubre con el velo de una discreción encantadora. Estas almas guardan secretos dolorosos de muchos corazones que en ellas buscan consejo, sin que jamás se deslice de sus labios ni la más ligera frase que delate una confidencia. Si el mal llega á divulgarse por lamentables imprudencias y se ve forzada á intervenir en conversaciones emponzoñadas por lenguas viperinas, la verdadera devota sabe atenuarlo con benignas interpretaciones inspiradas en la caridad cristiana, que guarda para estos casos recursos inagotables. Si la maledicencia se ceba en su persona, en su conducta, en su buen nombre, aunque su primer impulso es la defensa—porque la naturaleza es muy avara de sus derechos y no consiente estos golpes tan rudos como imprevistos,—no obstante, alza sus ojos al cielo, y fortalecida por la divina gracia, ofrece al mundo uno de los mayores prodigios, uno de los actos más heroicos que puede efectuar el cristiano que sienta arder en su corazón la caridad de Cristo (1): «el heroísmo del perdón». Sí, hermanas mías, el alma devota perdona y olvida y ruega por los que la han ofendido, y su oración atrae sobre ellos las bendiciones de Dios. En estos casos—harto frecuentes en la vida,—abrazada á los pies sacratísimos de Cristo, en ellos derrama su corazón, como Magdalena (2), en perfumes de amor y lágrimas de compunción, mientras Cristo se encarga de su defensa (3).

Y no creáis que el modelo que á grandes rasgos acabo de trazar es ideal ó ficticio, toda vez que existen entre nosotros ejemplares elocuentísimos. Todos conocemos á personas fervorosas que viven en pasmosa actividad, siempre dispuestas á trabajar, á servir y á sacrificarse por el bien espi-

(1) II. Corinth., V, 14.

(2) Luc., VII, 38; Joann., XI, 2;
Joann., XII, 3.(3) Judith, V, 25; Psal. XXVI, 1;
Isai., XXXVIII, 14.

ritual y corporal del prójimo, á aliviarle el trabajo, á darle buenos consejos, á procurarle regalo y comodidades, á arrancar de las garras de Satanás á jóvenes atolondradas apartándolas del pecado, á concertar la unión y la paz entre matrimonios mal avenidos... y sienten en el alma las desgracias ajenas como si fueran propias, y *se alegran con sus prójimos, y lloran con ellos* (1), y parece como *que enferman si los ven enfermos*, según de sí mismo decía San Pablo (2), y *se hacen todo para todos, á fin de ganarlos para Jesucristo* (3); y enfrenan sus pasiones, y privan al cuerpo de lo superfluo en la comida y en el vestido (4), y aun cercenan algo de lo necesario, y *usan del mundo como si no usasen de él*, como aconseja el Apóstol (5), y todo esto lo hacen sin ruido ni aparato, con humilde sencillez y encantadora alegría. Estas almas afortunadas, poseídas de este fuego celestial, tienen un atractivo irresistible que cautiva los corazones, aun de las personas menos temerosas de Dios, las cuales en este modo de proceder para ellas desconocido, traslucen un no sé qué misterioso que no conciben, pero que no pueden menos de atribuir á algún don sobrehumano, y se ven forzadas á exclamar: «Es una santa; es un ángel». Estas son las almas verdaderamente devotas que pueden repetir con San Pablo: *La caridad de Cristo*, esto es, el fuego del amor divino, *nos urge*, nos abrasa y consume las entrañas (6).

Hay otra devoción, llamada «accidental» y sensible, que consiste en los gustos, ternuras, lágrimas y suavidades que suele sentir el alma en el ejercicio de la oración ó de las virtudes. Llámase accidental é imperfecta esta devoción, porque, como escribe Santa Teresa, «sin ella podemos salvarnos; »pues no es más santa ni más amada de Dios el alma que

(1) Eccli., VII, 38; Rom., XII, 15.
 (2) II. Corinth., XI, 29.
 (3) I. Corinth., IX, 22.

(4) I. Timoth., VI, 8.
 (5) I. Corinth., VII, 31.
 (6) II. Corinth., V, 14.

»experimenta estas suavidades y regalos, porque los da
 »cuando quiere y como quiere, y á veces á grandes pecadores, para aficionarlos y atraerlos á su servicio. Hay personas
 »santas que jamás supieron qué cosa es recibir una de estas
 »mercedes, y otras que las reciben y no son tan santas» (1). Esto no quiere decir que los dones y consuelos de Dios se desprecien ó no se admitan; sino que el alma no los reciba con apego á ellos, sino con agradecimiento y humildad, que este es el fin del Señor al concederlos. En una palabra, la mayor perfección del alma estriba en padecer trabajos por Cristo, sin asomo de consuelo, porque no hay perfección sino en el camino de la Cruz; y si la voluntad propia no está crucificada, no puede llamarse perfecta. Esta es la índole distintiva de los hijos de Dios, de los verdaderos devotos (2).

Medios. Y ¿sabéis por qué medios se logra este tan poderoso y tan noble afecto de devoción? Escuchad al Doctor Angélico: «La verdadera devoción despiértase en nosotros »con la consideración de las perfecciones de Dios y de sus »beneficios, y también con la meditación de nuestros propios »defectos y pecados» (3). Estas meditaciones engendran la devoción y con ella todas las demás virtudes. Y no merecen nombre de religiosos ni de personas espirituales los que no se recogen una hora á lo menos cada día para vacar á este santo ejercicio; porque así como no se puede obtener el efecto sin la causa, ni el fin sin los medios, tampoco es posible alcanzar la verdadera devoción sin la práctica frecuente de las causas y medios de donde ella procede, que son la oración y consideración; pues, como afirma el Santo Rey David, *en la meditación se enciende y aviva el fuego del amor* (4). Poseídos de este fuego celestial, y con la unción divina que

(1) Moradas, VI, cap. 9.
 (2) Galat., V, 24.

(3) 2. 2, q. 82, art. 3 et 4.
 (4) Psal. XXXVIII, 4.

comunica el amor, nuestras palabras despertarán de su tibieza á muchas almas estacionadas en el camino del cielo, y servirán de estímulo y acicate aun á las más fervorosas y devotas, como acontecía á Santa Catalina de Sena. Refiere el Beato Raimundo de Capua, su confesor, que cuando hablaba esta Santa, eran sus palabras como saetas encendidas, y ni uno solo había que, oyendo aquel hablar abrasado, no participase de sus efectos (1).

A vosotras acontecerá lo mismo, hermanas mías, si procuráis adquirir esta devoción, este fervor de alma enamorada de Cristo; ejerceréis también en torno vuestro un influjo bienhechor maravilloso, porque la religiosa devota y fervorosa en cuyo corazón mora el Espíritu de Dios (2), no puede menos de atraer los corazones, porque el ejemplo convence y arrastra mucho más que las palabras, y las almas se sienten subyugadas y movidas á reformar sus costumbres *apartándose del mal y practicando el bien* (3). Y como el oficio de poner á las almas en camino de salvación es oficio de apóstol, podréis vivir con la esperanza consoladora de recibir después de la muerte dos coronas: la de apóstol y la de virgen, para gozarlas eternamente en la gloria.

(1) Vida, cap. VI.

(2) Rom., VIII, 9; I. Corinth., III, 16.

(3) Psal. XXXIII, 15.



DEL PECADO VENIAL
